Lee y diviértete

Disney

365 cuentos

Volumen 2

Una historia para cada día

Disney
365
cuentos
Volumen 2
Una historia para cada día
LIBROS Disney

© 2017 Disney Enterprises, Inc. and Pixar Animation Studios
Todos los derechos reservados

101 Dálmatas está basada en el libro *The Hundred and One Dalmatians,* de Dodie Smith, publicado por Viking Press.

Toy Story © 2017 Disney/Pixar. Slinky®Dog ©Poof-Slinky, LLC.; Etch A Sketch® ©The Ohio Art Company; Mr. and Mrs. Potato Head® ©Hasbro, Inc.; Toodle Tots ® by Little Tikes ®; Playschool Portable Baby Monitor®© Hasbro, Inc.; Rockin Robot Mr. Mike® © Hasbro, Inc.

Los Aristogatos está basada en el libro de Thomas Rowe.

El término «Omnidroide» se usa con permiso de Lucasfilm Ltd (*Los Increíbles*).

Basil el ratón superdetective está basada en la serie de libros *Basil of Baker Street,* de Eve Titus y Paul Galdone.

Los Rescatadores y *Los Rescatadores en Cangurolandia* contienen personajes inspirados por los libros de Margery Sharp, *The Rescuers* y *Miss Bianca*, publicados por Little, Brown and Company. Copyright © 2017 Disney/Pixar.

Materiales y personajes de las películas *Cars* y *Cars 2* copyright © 2017 Disney/Pixar. Elementos de Disney/Pixar © Disney/Pixar. No incluye vehículos propiedad de terceras partes. Cadillac Coupe DeVille, Chevrolet Impala, H-1 Hummer, Pomtiac GTO, Monte Carlo, Corvette, El Dorado y Chevrolet son marcas registradas de General Motors; Dodge, Hudson Hornet y Plymouth Superbird son marcas registradas de Chrysler LLC; Jeep® y el diseño de la rejilla de Jeep® son marca registrada de Chrysler LLC; Elementos de Ferrari reproducidos bajo licencia de Ferrari S.p.A. FERRARI, el caballo de Ferrari y todos los logos asociados son propiedad de Ferrari S.p.A. El diseño de los coches Ferrari son propiedad de Ferrari; Fiat, Alfa Romeo y Topolino son marcas Registradas deFiat S.p.A.; Fairlane, Mercury y el Modelo T son marcas registradas de Ford Motor Company; marcas de Petty usadas con permiso de Petty Marketing LLC; Porsche es una marca registrada de Porsche; el diseño de la insignia de rango de Sargento se usa con permiso del ejército de los Estados Unidos; las marcas registradas, patentes de diseño y copyrights de Volkswagen se usan con la aprobación de Volkswagen AG. Algunos fondos están inspirados en el Cadillac Ranch de Ant Farm (Lord, Michels and Marquez) © 1974.

© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: septiembre de 2017
ISBN: 978-84-9951-880-0
Depósito legal: B. 1.200-2017
Impreso en China

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Día de Año Nuevo

Era el primer día del nuevo año, y Pongo y Perdita paseaban con sus amos, Roger y Anita. La niebla matutina empezaba a disiparse, y el ambiente era despejado y frío.

—Ay, Pongo —suspiró Perdita, feliz—. ¡Qué año tan maravilloso hemos pasado! Podemos estar agradecidos por nuestros quince cachorritos.

—Sí, querida, y por todo lo que nos espera este año.

—¿Te puedes creer que ayer estuvieron despiertos hasta medianoche para celebrar la llegada del año nuevo? —se quejó Perdita—. ¡Y seguían despiertos cuando nosotros nos fuimos! Espero que no agoten a la pobre Nanny.

—Sí, lo de anoche en casa fue una verdadera fiesta —coincidió Pongo—. Y Lucky se habría pasado toda la noche viendo la televisión si le hubiésemos dejado.

—Deberíamos volver a casa ya —dijo Perdita—. Me da miedo que Cruella de Vil vuelva mientras estamos fuera. Me aterra la forma en la que mira a nuestros cachorros.

—Supongo que sí —dijo Pongo—. Pero estoy seguro de que Nanny los está cuidando bien.

Pongo y Perdita tiraron suavemente de sus correas para que Roger y Anita supieran que era hora de irse. Los cuatros se dirigieron a casa mientras otra suave llovizna empezaba a caer.

—¡Nanny! ¡Niños! ¡Ya estamos en casa! —gritó Roger mientras él y Anita se quitaban las botas llenas de barro y Pongo y Perdita se limpiaban las patas en la alfombrilla del vestíbulo. Pero nadie contestó.

—¡Pongo! —exclamó Perdita con creciente pánico—. ¿Dónde están los cachorros?

Pongo subió rápidamente por las escaleras y empezó a buscar por las habitaciones, una a una. Perdita fue a mirar en la cocina. Roger y Anita intercambiaron unas miradas de preocupación, pero intentaron mantener la calma.

Pongo se dirigió apresuradamente a la sala de estar para reunirse con Perdita, que estaba a punto de llorar.

—¡Ay, Pongo! —balbuceaba—. ¿Dónde estarán?

—Tranquila, querida —dijo Pongo con las orejas levantadas, prestando atención.

Los dos perros permanecieron en silencio. Entonces oyeron que del sofá provenía un pequeño ronquido. Allí, acurrucados entre los cojines, los cachorros dormían profundamente.

—¡He encontrado a Nanny! —gritó Roger—. ¡Se había quedado dormida en la silla!

Perdita estaba ocupada contando a los cachorros dormidos.

—... 12, 13, 14... ¡Ay, no! ¡Falta uno!

Pero Pongo trotó hasta la habitación contigua.

—¡Aquí está, querida! —gritó—. Es Lucky, por supuesto. Está viendo la fiesta de Año Nuevo en la televisión.

Un cuerpo para todas las ocasiones

Con un cielo lleno de pequeñas nubes y una brisa tan cálida como maravillosa, los coches de Radiador Springs se encontraban disfrutando de un día estupendo. Todos… menos Sally.

—¡Hola, Sally! ¿A qué viene esa cara tan larga? —preguntó Flo.

—Es que hoy no es mi día —gruñó Sally—. Esta noche tengo una cita con Rayo y ¡quiero llevar algo especial! Pero no encuentro nada que me guste. No hay nuevos accesorios ni nada bonito que pueda usar.

—¿Has probado a mirar en la tienda de utensilios de Sargento? —preguntó Flo.

Sally asintió con tristeza.

—Sí, pero ¡no he encontrado nada!

Las amigas se toparon con Ramón mientras avanzaban.

—Sally quiere ponerse guapa para su cita con Rayo esta noche. Pero ¡no encuentra nada! —le explicó Flo.

Ramón se acercó, como si quisiera contarles un secreto.

—Puede que tenga la solución…

Momentos después, Sally y Flo se encontraban en el taller de pintura de Ramón. Sally se vio abrumada por su oferta.

—¡Vamos, mujer! —la animó Ramón—. Un nuevo look te sentará de maravilla. ¡Ese Rayo McQueen no se creerá lo que ven sus faros!

—Bueno, es que yo tenía en mente algo mucho menos radical —admitió ella, nerviosa.

—¡Venga, si te va a encantar! —le dijo Flo.

Ramón se puso ruedas a la obra, pintando con maestría en todas direcciones.

Cuando Sally se miró al espejo, estaba cubierta del capó al maletero con unas fieras llamas de colores naranja y amarillo. Tragó saliva por el espanto.

En un segundo intento, Ramón la cubrió con unas enormes flores abiertas de par en par. Ella volvió a decepcionarse.

Y, en su tercer intento, Ramón creó un patrón con manchas variadas de todos los colores imaginables.

—Creo que éste es demasiado especial —confesó Sally, sintiéndose tonta al ver su reflejo.

—Necesitamos algo más —decidió Ramón—. Déjame pensar…

Con una tormenta de espray e inspiración, Ramón desveló su mejor creación hasta el momento.

—¡Anda! —exclamó Sally al abrir los ojos—. ¡Si soy yo otra vez! ¡He vuelto a la normalidad!

Ramón y Flo mostraron una gran sonrisa.

—Porque así es como mejor estás —dijo Ramón.

—Sí —confirmó Flo—. Eres perfecta, Sally. No lo olvides nunca.

Sally se sonrojó enseguida.

—Esta noche, Rayo no te podrá quitar los ojos de encima —dijo Ramón.

Sally se marchó con inmensa alegría en sus ruedas. No necesitaba cambiar cómo era, ni por dentro ni por fuera.

Disney·PIXAR
MONSTRUOS, S.A.

Relaxópolis

Era otro día de frío en Monstruópolis. Sulley y Mike iban de camino al trabajo. Mike suspiró hondamente.

—¿Cuál es el problema, colega? —quiso saber Sulley.

—¡Estoy harto y cansado del invierno! —respondió Mike—. Hace frío y viento, y anochece muy pronto —pensó durante un segundo—. ¡Sulley, creo que tengo depresión invernal!

—Eso parece —reconoció Sulley—. Aunque sólo queda un mes o dos.

Mike suspiró de nuevo. ¡Un mes o dos más de invierno le parecían una eternidad! Pero una gran sonrisa se dibujó en su cara cuando miró hacia arriba y vio un cartel. En él aparecía un gran monstruo rosa con gafas de sol, sentado en una tumbona en la playa y bebiendo algo que parecía un refrescante granizado. En grandes letras se leía: ¡ACABA CON EL INVIERNO EN RELAXÓPOLIS!

Mike se detuvo de golpe y agarró a Sulley de su peludo brazo. Señaló el cartel, demasiado excitado como para decir una palabra.

—¡Ésa es una gran idea! —exclamó Sulley—. ¡Una semana en una isla tropical será estupenda!

Tan pronto como llegaron al trabajo, Mike rellenó sus formularios de vacaciones. ¡Estarían de camino a Relaxópolis a primera hora de la mañana del sábado!

Cuando llegaron a su destino, fueron directos a la playa, donde cada uno pidió un refrescante granizado. Mientras se relajaban en las tumbonas en la zona más soleada de la playa, Mike exclamó:

—¡Esto es vida!

—Desde luego —añadió Sulley—. ¿Crees que necesitas un poco de esta crema solar Monstruo Trópico? ¡No debes tomar mucho el sol el primer día!

—Sólo me voy a broncear un rato —dijo Mike, feliz—. Noto como se derrite mi depresión.

Se puso un monóculo de sol espejado sobre su ojo y colocó los brazos detrás de la cabeza. ¡Eso era el paraíso!

Al cabo de un rato, Sulley se aburrió de tomar el sol y decidió darse un baño. Después se apuntó a un partido de monstruobol en la playa. Un par de horas después regresó a las tumbonas, donde Mike estaba profundamente dormido. Sulley lo miró de cerca. ¡Mike se había quemado al sol!

Sulley cubrió a Mike con una toalla y corrió a por un granizado. Cuando regresó a las tumbonas, Mike se empezaba a despertar.

—Eh, colega —dijo Sulley—. Imagino que has espantado el frío, ¿eh?

Mike miró a Sulley adormecido.

—Fíjate, ya no estás helado —explicó Sulley—. ¡Ahora estás al rojo vivo!

Disney · PIXAR
BUSCANDO A NEMO

La historia de Marlin

—P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney. P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney.

Dory seguía murmurando la dirección. Ella y Marlin buscaban al hijo perdido del pez payaso, Nemo. Acababan de escapar de un rape rabioso y ahora intentaban encontrar a alguien que pudiera darles indicaciones para llegar a Sídney. Allí era donde estaba Nemo, probablemente.

—P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney. P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney —continuó repitiendo Dory.

Marlin ya había memorizado la dirección y creía que se volvería loco si la oía una vez más.

—¡Dory! —dijo con un suspiro—. Sé que sólo quieres ayudar, pero ¿tienes que seguir hablando?

—Me encanta hablar —dijo Dory—. Se me da muy bien. Mmm... ¿De qué estábamos hablando?

—¡Sólo quiero encontrar a Nemo! —dijo Marlin.

—Eso es, Chico —dijo Dory.

—Una vez, Nemo y yo... —empezó Marlin.

—Continúa —dijo Dory—. ¿Va a ser emocionante?

—Sí, es una historia emocionante —dijo Marlin, aliviado por haber conseguido que dejara de recitar la dirección—. Bueno —empezó Marlin—, una vez llevé a Nemo al otro lado del arrecife, a visitar a un pariente mío al que se consideraba, en su día, el nadador más rápido de todos los peces payaso. Pero cuando fuimos a visitarlo, se había hecho muy mayor.

—¿Cuándo llega lo bueno? —dijo Dory bostezando.

—Estaba a punto de contarlo —dijo Marlin con un suspiro—. Bueno, pues, de camino a casa, adivina con qué nos tropezamos.

—¿Con qué? —preguntó Dory.

—¡Con una medusa enorme! Estaba merodeando por el agua y nos cerraba el paso entre dos grandes matas de posidonias.

—Ajá... —dijo Dory. Parecía que intentaba recordar algo—. P. Sherman... —murmuró muy bajito.

—Por un momento, creí que no lo contábamos —dijo Marlin—. Pero entonces... una tortuga de mar enorme nadó hacia nosotros y engulló a la medusa de un bocado.

—¿Le diste las gracias a la tortuga? —preguntó Dory, que parecía haber vuelto a la historia.

—Pues no... —respondió Marlin—. Me daba miedo que nos comiera a nosotros también, así que Nemo y yo seguimos nuestro camino. Pero, desde entonces, me fascinan las tortugas marinas. Y espero no tener que encontrarme nunca más con una medusa.

—¡Oye, yo también tengo una historia! —dijo Dory emocionada—. Ocurrió en la calle Wallaby, 42, Sídney. En P. Sherman. Pues bien, en P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney, había un... mmm... pez y... bueno...

Marlin gruñó y siguió nadando.

Disney
EL REY LEÓN

Cobardicas

—Nala! ¿Estás despierta? —susurró Simba.

—Sí —susurró también Nala, saliendo de la oscura cueva donde dormía con su madre—. ¿Qué haces aquí? Vas a meternos en un lío otra vez.

Simba y Nala habían salido a explorar el Cementerio de Elefantes prohibido, donde las hienas los habían acorralado, y el padre de Simba, Mufasa, los había rescatado.

—Vamos. —Simba silbó—. Sígueme.

Poco después, los dos cachorros se encontraban en la oscura sabana, cerca de la base de la Roca del Rey.

—Bien, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Nala.

—Sólo quería asegurarme de que no seguías asustada —dijo Simba.

Nala frunció el ceño.

—¡¿Asustada?! —exclamó—. ¡Yo no era la que estaba asustada!

—¡¿Qué?! —gritó Simba—. ¿Insinúas que era yo el asustado? Porque a mí no me asustan unas cuantas hienas estúpidas. No me habría asustado aunque nos hubiésemos topado con diez hienas.

—Pues yo no me habría asustado aunque nos hubiésemos encontrado a veinte hienas y a un búfalo de agua enfadado —dijo Nala.

—¿Ah, sí? —dijo Simba—. Pues yo no me habría asustado ni de treinta hienas, un búfalo de agua y un...

—¡¿Cálao furioso?! —graznó una nueva voz desde la oscuridad.

—¡Aaah! —gritaron Simba y Nala brincando.

Un pájaro de vivos colores salió de entre las sombras. Era Zazú, el fiel consejero de Mufasa.

—¡Nos has asustado! —gritó Simba.

—Yo no me he asustado —dijo Nala indignada.

—¡Ni yo! —añadió Simba, rápidamente.

Zazú los observó a ambos por encima de su largo pico.

—¿Ah, no? Pues ¿de quién eran esos gritos? —dijo con ironía.

—Nos has sobresaltado, eso es todo —masculló Nala.

Zazú se ahuecó las plumas.

—Escuchadme los dos —dijo—, no tenéis que avergonzaros de admitir que estáis asustados. Ni el rey Mufasa negaría que estaba aterrado cuando se enteró de que habíais desaparecido. Y si él puede admitirlo, un par de cachorros flacuchos como vosotros también pueden hacerlo, ¿verdad?

—Supongo —dijo Simba mientras Nala se encogía de hombros.

—Todos nos asustamos —siguió Zazú—. Lo que cuenta es cómo reaccionas ante el miedo. Ahí es cuando demuestras tu verdadera valentía. ¿Entendido?

—Entendido —dijeron Simba y Nala.

—Bien.

Zazú emprendió su camino hacia la Roca del Rey. El sol estaba saliendo y era hora de desayunar.

—Ahora volved a casa cuanto antes... si no queréis que os dé un susto de verdad.

La puesta a punto de Rojo

Una mañana, el camión de bomberos Rojo pensó que era el día ideal para plantar un jardín. Encendió su motor. Rrrrrr. El motor de Rojo sonaba raro.

¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

Comenzaron a salir ruidos de su tubo de escape.

Mientras su motor iba soltando extraños ruidos, Rojo intentaba no prestar atención. Con un poco de suerte, lo que estuviera mal probablemente se solucionaría, porque Rojo no quería ir a la clínica de Doc. Se dirigió al pueblo a trabajar en su jardín, y pronto adelantó a Rayo.

—¡Hola, Rojo! —saludó Rayo—. ¿Cómo te va?

—Bien —respondió tímidamente Rojo.

¡Bang! ¡Bang!

—¡Vaya! —exclamó Rayo—. Eso no puede ser bueno. ¿Te encuentras bien?

—Humm... Ejem... —murmuró Rojo.

¡Pop! Rojo siguió conduciendo hacia el pueblo. Rayo también se dirigió al pueblo para reunirse con sus amigos. Ellos no querrían que Rojo estuviese enfermo. Rayo encontró al resto en el Café V8 de Flo, repostando para desayunar.

—Rojo no está bien —explicó Rayo, señalando al camión de bomberos, que había empezado a plantar un jardín al otro lado de la carretera—. Pero le da miedo ir a la clínica.

—Oh, cáscaras —dijo Mate, la grúa—. Sé cómo se siente ese pobre chico. ¡Yo también estaba asustado la primera vez! Pero Doc es un profesional. ¡Tendrá arreglado a Rojo antes de que sepa qué es lo que le pasa!

Los amigos intentaron convencer a Rojo de que visitara a Doc. Ramón le ofreció una nueva capa de pintura en su taller, pero nada podría convencer a Rojo de que acudiera.

—Será mejor que vayamos allí —dijo Rayo a Sally, que acababa de llegar.

Los dos coches aceleraron. Y Mate, Luigi, Guido, Fillmore y Flo los siguieron.

¡Bang! ¡Pop, pop, pop!

El motor de Rojo gorgoteaba, y de su tubo de escape salían más y más ruidos.

Sally se inclinó hacia él.

—Escucha, Rojo. Todos sabemos que la primera puesta a punto puede dar miedo. Pero lo que esté mal puede tener fácil arreglo. Si no vas ahora, podría convertirse en un problema. Ninguno quiere que tengas que pasar por una revisión completa. Nos importas demasiado.

Rojo miró a sus amigos. Sabía que lo que Sally decía era cierto.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó a Sally.

—Por supuesto que sí —respondió ella, contenta de que su amigo cambiara de idea.

Más tarde, Rojo salía de la clínica y sus amigos lo estaban esperando. Rojo revolucionó su motor. ¡Brruum! Sonaba suave como la seda. ¡Era maravilloso correr a toda máquina!

Disney · PIXAR TOY STORY

El vaquero kung-fu

Andy estaba acurrucado en la cama, leyendo un cómic con Woody a su lado. A Woody le encantaba oír las historias del experimentado maestro del kung-fu, y sintió cierta decepción cuando Andy se quedó dormido.

Aun así, a él también le estaba entrando sueño. Cuando el pequeño vaquero de juguete se tapó con las sábanas, no tardó en dormirse también.

En su sueño, Woody había vuelto al viejo Oeste. Estaba en su escritorio en la oficina del sheriff, esperando a que llegaran los problemas… y no tuvo que esperar mucho.

—¡Sheriff Woody! —llamó uno de los ciudadanos, entrando de golpe en la oficina—. ¡Están llegando Sombrero Negro y sus secuaces!

—¡Ningún forajido va a robar a los habitantes de Piedrarroz si estoy aquí para protegerlos! —prometió Woody, levantándose de un salto.

En vez de coger su sombrero, ¡el sheriff se puso su bandana de kung-fu! Se la ató en la cabeza justo cuando llegaron el malvado Sombrero Negro y su banda.

—¡Entréguenos todo el dinero de la ciudad, sheriff! —ordenó Sombrero Negro.

Él y los suyos eran unos de los villanos más duros y temidos de los alrededores.

Woody apretó los ojos.

—Tengo algo que decirte, Sombrero Negro —anunció, haciendo una pose de lucha—. ¡Toma esto! ¡Ai yaaa!

Con una serie de patadas voladoras y algún que otro golpe con las manos, Woody acabó con la banda entera. Los ciudadanos empezaron a vitorearlo.

—¡Muchas gracias, Woody! ¡Eres nuestro héroe!

De pronto, se despertó por un grito real de socorro. Abrió los ojos de par en par. Estaba tan atrapado en su sueño que no se había dado cuenta de que Andy ya se iba a la escuela.

—¡Emergencia! —gritó Slinky desde el suelo—. ¡Los monos rojos andan sueltos!

El vaquero observó desde el borde de la cama y vio a Rex corriendo mientras era perseguido por un grupo de monos rojos y locos.

—¡Éste es un trabajo para el sheriff kung-fu! —anunció Woody, pero al saltar se tropezó con la colcha.

Intentando volar con los brazos, cayó de la cama, rebotó en una pelota y se estrelló contra la mesa de Andy con un sonoro ¡pam!

—Woody, ¿estás bien? —le preguntó Bo Peep, corriendo a su lado.

—Vaya, qué mal se me dan las patadas voladoras —se quejó Woody.

Los demás no tenían ni idea de qué estaba hablando.

—Si vienen más bandidos, tendréis que buscar a un vaquero kung-fu de verdad. Yo no sirvo para esto.

—No necesitas dar patadas voladoras para ser un buen vaquero —le dijo Bo, y Woody se dio cuenta de que tenía razón.

Cogió su lazo y corrió para ayudar a Rex. Quizá no supiera kung-fu, pero los demás juguetes sabían que, cuando se trataba de ser un sheriff, él era el mejor.

Disney AVIONES

Lo que sea por una carrera

Dusty había salido para hacer algunos recados y se encontraba volviendo a toda prisa a Propwash Junction. Él y Chug habían hecho planes para ver juntos la Carrera Interestatal por la televisión, y puesto que ésta pasaba justo por su ciudad, no quería perderse ni un solo minuto.

Pero, según volaba, el viento empezó a soplar más fuerte. Pronto, el pequeño aeroplano comenzó a tambalearse por las corrientes, y avanzar se le hacía cada vez más y más complicado.

—Espero llegar a tiempo para la carrera —dijo, entrecerrando los ojos para ver entre la tormenta.

Cerca de él, otros dos aviones se retiraron. El viento era demasiado fuerte y seguir podría ser peligroso. Pero Dusty se negó a parar. No iba a permitir que una «pequeña brisa» le impidiera ver la carrera.

Más adelante, divisó otro grupo de aviones.

«Esos de ahí aún están volando», pensó, sin darse cuenta de que eran competidores de la carrera ni de que estaban buscando un sitio seguro en el que aterrizar.

Los corredores miraron a Dusty y se quedaron de piedra.

—¡Ese avión debe de estar loco! ¿No sabe que está volando directo hacia un tornado?

Dusty no lo sabía, pero no tardó en descubrirlo. El viento lo azotaba y atrapó sus alas, haciéndolo girar cada vez más rápido.

—¡No podré aguantar mucho! —gimió—. Me está atrapando.

Usando toda su pericia, el avión intentó mantenerse estable al lado del tornado y… ¡casi termina dándose de bruces contra un acantilado! La situación se volvía más peligrosa a cada segundo que pasaba. ¡Estaba en serios problemas!

Pero ¡un momento! Entre los fuertes vientos, Dusty localizó un hueco en las piedras.

«Ésa es la entrada al arroyo de Alas Rotas», pensó.

Sólo tenía una oportunidad. Abriendo los *flaps* de sus alas, se dejó llevar por el viento hacia el estrecho cañón. En el último momento, se puso de lado, esquivando las rocas mientras se lanzaba hacia la seguridad que ofrecía el arroyo.

Unos minutos más tarde, apareció cerca de Propwash Junction. Jamás se había alegrado tanto de ver el lugar, y, justo cuando aterrizaba, Chug se acercó para informarlo de que la carrera estaba a punto de empezar. ¡Había llegado a tiempo!

Corrió emocionado hacia la televisión, sólo para oír como un reportero anunciaba que la carrera se había suspendido por culpa del tornado. Dusty gruñó. ¡Tanto trabajo para nada!

Chug mostró su sorpresa al ver el tornado en televisión.

—¡Hay que estar loco para volar en esas condiciones!

—Sí —respondió Dusty—. ¡Y que lo digas!

Un día en la manada

En las profundidades de Sudamérica, el malvado explorador Charles Muntz empezaba a emocionarse. Llevaba años intentando hacerse con un raro pájaro tropical, y aquél era el día en que por fin iba a conseguirlo.

Muntz había construido unos dispositivos de comunicación que le permitían hablar con sus perros. Reunió a su valerosa manada en una de las salas de su aeronave y empezó a explicarles su misión. Los perros tenían una pinta temible, a excepción de uno…

—¿Un pájaro? —jadeó Dug, un golden retriever.

Muntz puso los ojos en blanco y suspiró. ¿Cuántas veces tenían que pasar por lo mismo?

—No es un pájaro cualquiera —dijo, sosteniendo una foto de la rara criatura que estaba buscando—. Este pájaro.

El explorador explicó a la manada la nueva estrategia que había ideado para sacar al ave de su escondite y capturarla.

—Seguid el plan y traédmelo vivo —les ordenó.

—¡No se preocupe, maestro! —ladró uno de los perros—. Cumpliremos sin error.

—Seremos rápidos —dijo otro.

—¡Seremos despiadados! —gruñó un tercero.

Mientras, Dug se rascaba felizmente la oreja con la pata trasera. Le hacía sentirse bien, y no fue hasta que terminó que se dio cuenta de que todos lo estaban mirando.

—Uy. Eh… sí, maestro —dijo.

Muntz ordenó a los perros que se fueran y que trajeran al pájaro. En cuanto se alejaron corriendo, él se marchó a la cocina para preparar un buen festín. Iba a celebrarlo. En poco tiempo, el pájaro sería suyo.

Ya en la jungla, los perros avanzaron con sigilo por la hierba, buscando a la criatura. Los líderes de la manada, Alfa y Beta, iban delante, con las narices pegadas al suelo. Dug trotaba en la parte trasera, con la lengua colgando, mientras admiraba las hermosas plantas y los árboles de la jungla.

De pronto, Beta localizó al pájaro. Era una criatura alta y elegante, con unas plumas muy coloridas. Estaba tan feliz, masticando unas bayas, y no tenía ni idea de que los perros acechaban cerca.

En cuanto la manada se dispuso a atacar, Dug olfateó algo en el aire.

—Un momento —susurró—. ¿No oléis algo?

Alfa gruñó mientras los demás perros levantaban la cabeza para olfatear, y entonces empezaron a babear.

—¡No! ¡Hoy no! —les suplicó—. ¡Tenemos que seguir el plan!

Pero ni siquiera Alfa pudo resistir el olor mucho tiempo. Mientras Charles Muntz dejaba en la mesa su plato de pollo a la brasa, vio a los cuatro perros sentados a la mesa, jadeando hambrientos. Seguir las órdenes era importante, pero el olor del pollo… ¡era irresistible!

Disney · PIXAR
LOS INCREÍBLES

Supermamá

Como Elastigirl, Helen Parr había luchado contra algunos de los supervillanos más poderosos. Ahora, sin embargo, su mayor reto era conseguir que su familia estuviera lista por las mañanas.

Su marido podía apañárselas solo, más o menos, pero sus hijos Dash y Violet siempre se estaban peleando y a menudo llegaban tarde a la escuela.

Dash quería usar su supervelocidad para correr hasta allí, pero Helen le advirtió de que tendrían grandes problemas si lo hacía. Como todos los superhéroes, fingían ser personas normales, así que no podían ir usando sus poderes como si nada.

Pero incluso la propia Helen tenía que admitir que a veces no era fácil. Después de dejar a Dash y a Violet en clase, el pequeño Jack-Jack empezó a llorar. Se le había caído el chupete de la boca y se le había perdido por la parte de atrás del coche.

Sin pensarlo, la madre estiró el brazo hacia atrás por encima de la cabeza y empezó a buscar por el asiento trasero. De pronto, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió el brazo a la normalidad justo cuando otro coche pasaba por su lado. Había estado cerca. Un poco más y ¡se habría desvelado su identidad secreta!

Ya en casa, Helen andaba ocupada guardando la colada cuando sonó el timbre. Sabía que tenía que ser el cartero, y se estiró hacia la puerta para abrirla. Por suerte, se paró justo a tiempo y empezó a caminar con normalidad hacia ella, tratando de parecer natural.

Más tarde, en el supermercado, estaba intentando pasar el carro por las estanterías de conservas. Sin embargo, había mucha gente bloqueando el camino. Pensó en lo sencillo que sería si pudiera estirarse sobre sus cabezas y coger las cosas que necesitaba.

Quizá si lo hacía muy rápido nadie se daría cuenta. Miró alrededor, preparó los dedos y… suspiró. No podía arriesgarse a que alguien la viera, así que tendría que esperar como los demás.

Mientras aguardaba, un carro chocó contra un gran montón de naranjas. La montaña de fruta se tambaleó y empezó a desmoronarse. Iba a caer sobre su carro, donde Jack-Jack se encontraba durmiendo plácidamente.

De manera instintiva, Helen rodeó la torre de naranjas con los brazos, sosteniéndola para evitar que cayera. Encogió de nuevo los brazos y se volvió para ver a un niño que la miraba con cara de haberse quedado de piedra. Helen fingió como si lo que se habían alargado fueran sus mangas, y no los brazos, y salió corriendo de la tienda para regresar a casa.

Cuando Dash y Violet regresaron de la escuela, ambos dijeron que el otro había usado sus poderes. Su madre sonrió y les dio un gran abrazo. Fingir que no tenían poderes era importante, pero a veces no podían evitar ser ellos mismos.

La Dama y el VAGABUNDO

Espaguetis con albóndigas

Golfo acababa de escapar del lacero de nuevo. Le había enseñado a aquel perrero quién mandaba.

El olfato de Golfo advirtió leña ardiendo en las chimeneas y comida al fuego. Su estómago, de repente, rugió de hambre. Escapar del perrero siempre le abría el apetito.

Pero ¿adónde podría ir a cenar esa noche? Los lunes solía parar en el Schultzes a tomar escalope vienés, los martes comía ternera y col en O'Briens, pero lo que de verdad le apetecía eran unos espaguetis con albóndigas.

Así pues, Golfo se dirigió al restaurante de Tony y arañó la puerta trasera, como de costumbre.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó Tony. Apareció por la puerta secándose las manos con un trapo y fingió no ver a Golfo, como hacía siempre—. ¿No hay nadie? —gritó Tony—. ¡Debe de ser el Día de los Inocentes! —Fingió pararse a pensar durante un momento—. ¡Ah, no, no es día veintiocho y ni siquiera es diciembre! ¡Es enero!

Golfo ya no lo aguantaba más. Estaba hambriento y ladró.

—¡Ah, eres tú, Bundo, amigo mío! —dijo Tony. Golfo, también conocido como Seductor, saltó arriba y abajo—. Tengo tu cena, tranquilo, ahora te la traigo.

Golfo se sentó y miró a su alrededor, al abarrotado callejón. Eso era vida.

Entonces el chef apareció con un plato lleno de pasta. Y no le había puesto dos, sino tres albóndigas. Aquélla era una noche especial.

Tony se quedó hablando con Golfo mientras éste comía, contándole su día: que le habían entregado tarde el pescado; el cliente que se había quejado de que la salsa de tomate llevaba mucho ajo; el viaje que él y su mujer planeaban hacer en breve...

Golfo terminó de comer y dio un último lametón al plato. Quedó reluciente.

—Esto me recuerda que... —dijo Tony— hay algo de lo que quiero hablarte. Es hora de que sientes cabeza y te busques una esposa.

Golfo miró al hombretón, horrorizado, y empezó a alejarse por el callejón.

Tony se rio tan fuerte que su cara se agitó.

—¡Adiós, Bundo! —gritó—. Pero ¡recuerda mis palabras: un día de éstos conocerás a una perrita a la que no podrás resistirte! Y cuando lo hagas, tengo una buena idea: ¡tráela a Tony's para una cena romántica!

Golfo ladró, dándole las gracias al cocinero. Paseó por la manzana, moviendo la cabeza. Él era libre y no llevaba collar. ¿Sentar cabeza? Eso no pasaría nunca.

Disney
Peter Pan

El cuento de Nunca Jamás

En una noche fría de invierno, John y Michael no podían dormir, así que se metieron en la cama de su hermana mayor, Wendy.

—¡Va, venga, Wendy, cuéntanos un cuento! —dijo Michael.

—¡Sí, por favor, uno de Peter Pan! —pidió John.

—Por supuesto —dijo Wendy—, ¿os he contado cuando Peter Pan se burló del malvado Capitán Garfio?

—Sí —dijo Michael—. Pero ¡queremos oírlo otra vez!

Wendy rio y empezó su historia.

—Bien, una noche, el Capitán Garfio atracó su barco en una cala secreta cerca de la isla de Nunca Jamás. Él y sus hombres remaron hacia la orilla en silencio, en un intento por descubrir el escondite de Peter Pan y los Niños Perdidos. El Capitán Garfio odiaba a Peter Pan, porque el chico le había cortado la mano en un duelo y se la había dado de comer a un cocodrilo enorme. Y, por su culpa, aquel cocodrilo estaba decidido a comerse lo que quedaba de él. Sin embargo, por suerte para el Capitán Garfio, el cocodrilo también se había tragado un reloj, por lo que siempre alertaba al pirata de su presencia con el sonido del tictac.

—Por suerte para Peter Pan —continuó Wendy—, su querida amiga Campanilla se había enterado previamente del malvado plan del Capitán Garfio, así que voló hasta Peter y le advirtió que el pirata estaba en camino.

—¡Ja, ja! —rio Peter Pan—. Bueno, entonces tendremos que prepararnos para hacerle frente.

Encontró un reloj justo como el que el cocodrilo se había tragado. Silbó fuerte para que se oyera por todo el bosque y un grupo de monos amigos suyos aparecieron.

—¡Tomad, un nuevo juguete! —gritó Peter, y les lanzó el reloj—. ¡Ahora, escondeos! Y él y los Niños Perdidos se apresuraron también a sus propios escondites.

Cuando Garfio desembarcó, lo primero que oyó fue el tictac del reloj. ¡Parecía que el sonido venía hacia él de todas partes! Los monos se lo estaban pasando en grande lanzándose el reloj unos a otros mientras se acercaban a Garfio con sigilo. Aterrorizados, Garfio y su tripulación corrieron hacia el bote y remaron como locos de vuelta al barco.

Justo entonces, los padres de los niños entraron en la habitación para comprobar que los tres estaban bien.

—¿No les estarás contando más cuentos sobre Peter Pan, verdad, Wendy? —preguntó su padre.

—¡Peter Pan existe, padre! —gritaron los niños—. ¡Lo sabemos!

Cuando los padres dieron a sus hijos un beso de buenas noches, no se dieron cuenta de que un chico vestido de verde estaba agazapado tras la ventana de la habitación. Había estado escuchando el cuento, y volvería de nuevo, pronto.

Un evento digno de ver

Radiador Springs estaba completamente vacía. Parecía una ciudad fantasma, siniestra y silenciosa. Nada se movía, excepto una hoja de papel, que iba volando con la brisa mientras El Rey circulaba lentamente por la calle, solo.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó al aire, y su voz resonó a su alrededor—. ¿Hola? ¿Hay alguien por aquí?

—Estoy yo, por ejemplo —anunció una voz familiar—. ¡Encantado de verte!

—¡Rayo! —gritó El Rey, sorprendido—. Qué bien que te encuentro.

—¿Estabas buscando a alguien? —preguntó Rayo McQueen.

—A mi esposa —explicó El Rey—. Se fue al centro hace unas horas, no la veo desde entonces —dijo, intentando no parecer muy preocupado.

—Sé dónde está —dijo Rayo, confiado—. Ha tenido que coger un desvío. ¡Doc ha tenido un problema!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó El Rey, sorprendido.

Sabía que a Doc le gustaba practicar para las carreras en las afueras de la ciudad y seguramente estaba allí, calentando sus viejas ruedas.

—Siempre he admirado la forma de correr de Doc, no puedo dejarlo en apuros. ¿Puedes llevarme con él?

Rayo McQueen asintió y aceleró el motor con avidez.

—¡Sígueme!

El Rey y Rayo corrieron hasta llegar a un grupo de coches de todas las formas, tamaños y colores, que los estaban esperando detrás de las montañas.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron, extendiendo una colorida pancarta.

Estaban todos allí: Fillmore, Mate, Luigi con una abultada peluca… También Guido y Sargento. Incluso su esposa, ¡qué pilla! Y, por último, pero no menos importante, ¡Doc! Todos se habían reunido para prepararle una fiesta sorpresa a El Rey.

—¿Qué te parece una carrera con una vieja gloria? —le preguntó Doc, haciendo gruñir su motor y lanzándole un guiño amistoso.

Su esposa le dio un beso en la mejilla.

—¿Estás contento? —le preguntó—. Hemos preparado una carrera con tu campeón favorito.

El Rey no se podía creer la suerte que tenía de contar con unos amigos y una adorable esposa que le habían preparado algo tan especial.

Guido lo guio hasta la pista sin dejarse la bandera, y Doc tuvo tiempo de dirigirse a El Rey antes de colocar las ruedas ante la línea de salida, listo para salir disparado.

—¡Feliz cumpleaños! —le dijo—. Y que gane el más rápido.

—¿Preparados? ¿Listos? ¡Ya! —gritó Guido, ondeando la bandera con alegría.

Con un chirrido de ruedas y levantando una nube de polvo, los dos amigos corrieron uno junto al otro a toda velocidad.

Disney·PIXAR
MONSTRUOS, S.A.

El monstruo de los huevos de oro

Mientras Mike y Sulley entraban por el pasillo de Monstruos S. A. pasaron junto a las fotos de Asustador del Mes de Sulley colgadas en la pared.

Mike se giró repentinamente hacia su gran amigo.

—Sulley —dijo—, ¿alguna vez piensas que nos merecemos algo más?

—Más..., ¿qué quieres decir? —preguntó Sulley.

—Oh, ya sabes —continuó Mike—, eres el mejor asustador mes tras mes. Lo único que te llevas es una foto en el pasillo. ¡Deberíamos ser famosos!

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Sulley.

—Una campaña de marketing —respondió.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —dijo Sulley.

—Bueno, para empezar, conseguiremos unas nuevas fotos de tu cara y no como las antiguas, sino autografiadas. Y eso no es todo. —Mike estaba lanzado—. Haremos tazas, pósters, hasta camisetas.

Mike hizo unas cuantas poses de asustador, incluyendo la favorita de Sulley: el viejo Salto y Rugido Waternoose.

—Podemos poner una tienda de regalos justo aquí en el edificio, con «Los mejores momentos de Sulley el superasustador».

—¿Para qué todo eso? —preguntó Sulley.

—¡Dinero! —exclamó Mike, guiñando un ojo—. ¡Mucho dinero!

—No sé, Mike —dijo Sulley—. Sencillamente, no me parece bien, nosotros sacando dinero de esas cosas. Pero y si... ¡eso es! —Sulley dio un salto, casi tirando al suelo a Mike. ¡Donaremos el dinero a la caridad!

—¿Quién ha dicho nada de donativos? —repuso Mike.

—¡Qué gran idea! —dijo Sulley, ignorando a Mike.

—¿Cómo vamos a disfrutar de nuestra gloria si donamos el dinero? —preguntó Mike.

—Bueno, habrá alguna manera —explicó Sulley—. Haremos la donación en nombre de Monstruos S. A.

—No lo veo muy claro —dijo Mike.

—¡Es una idea maravillosa! —contestó Sulley—. Y cuando ayudemos a la compañía a hacer una donación generosa, ¡el señor Waternoose estará muy orgulloso de nosotros!

Mike empezó a dar vueltas a la idea.

—¡Y convocaremos a la prensa! —añadió.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Sulley.

—¡Es una gran idea! —animó Mike.

—¡Estamos de acuerdo! —exclamó Sulley.

—¡Me alegro de haberlo pensado! —dijo Mike a su amigo, con una gran sonrisa.

—Tú siempre tienes buenas ideas —coincidió Sulley, sonriendo también.

—Es lo que digo siempre —añadió Mike—. Asustar es importante, pero ¡son los cerebros de los monstruos los que más importan!

Pongo lleva el ritmo

—No sé qué vamos a hacer —dijo Roger Radcliffe a su mujer, Anita—. Tenemos todos estos cachorritos a los que alimentar, y ¡no tengo ni una canción para vender!

—No te preocupes —le respondió Anita—, estoy segura de que pronto te vendrá la inspiración.

—¡Me alegro de que estés tan segura! —dijo Roger—. Porque lo único que tengo es un montón de papeles —concluyó señalando la papelera rebosante.

—No te rindas —dijo Anita—. Sé que puedes hacerlo.

Cuando Anita se fue, Pongo vio a su amo moviéndose de un lado a otro frente a su piano.

—Pongo, viejo amigo, debo de haber escrito diez canciones en diez días, pero son todas horribles —dijo Roger, señalando la papelera—. ¿Qué voy a hacer?

Pongo quería ayudar a su amo, pero no sabía cómo.

Esa noche, Pongo habló con Perdita sobre el dilema de Roger. Se sentaron en medio de la sala de estar, rodeados por los cachorros.

—Roger ya ha escrito diez canciones —explicó Pongo—. Cree que no son lo suficientemente buenas para venderlas, pero yo sé que lo son, lo he oído tocarlas. Si tu amo es compositor de canciones, desarrollas un buen oído para los éxitos. Las canciones están arriba, arrugadas y amontonadas en la papelera.

Perdita sabía en qué estaba pensando Pongo.

—¿Sabes la dirección de la discográfica? —preguntó.

Pongo asintió.

—He ido de paseo con Roger allí docenas de veces.

—Creo que deberías intentarlo —dijo Perdita.

Después de que Roger y Anita se fueran a dormir, Pongo entró sin hacer ruido en el estudio y recogió las partituras de la papelera; salió a hurtadillas de la casa y llevó las composiciones a la discográfica. Pongo pasó todas las páginas de partituras por debajo de la puerta y corrió de vuelta a casa.

Al día siguiente, sonó el teléfono y Roger contestó.

—¿Qué? —dijo Roger al auricular—. Pero ¿qué…? ¿Cómo has…? Sí, ya veo. Bueno, gracias. ¡Gracias!

Anita se acercó rápidamente.

—¿Quién era?

—Eran de la discográfica —dijo Roger—. Me han comprado diez canciones.

—¡Diez canciones! —gritó Anita—. Creía que no tenías ni una para vender.

Roger se rascó la cabeza, confundido.

—Creía que no las tenía.

—Y ¿qué ha pasado? —preguntó Anita.

Perdita miró a Pongo y ladró. Su marido también sabía llevar el ritmo… hasta la casa discográfica para la que trabajaba Roger.

La estación espacial High Jinks

Andy no pudo contener la emoción. Allí, encima de la cama, estaba el último complemento de la serie de juguetes de Buzz Lightyear: ¡una estación espacial del Comando Estelar!

—¡Gracias, mamá! ¡Es el mejor regalo del mundo! —gritó, corriendo a jugar con su nuevo juguete.

Aunque aún no podía mostrar sus sentimientos, a Buzz también le encantaba.

Cuando Andy se fue al colegio al día siguiente, los juguetes se activaron, y Buzz les enseñó la estación espacial.

—¡Aquí la tenéis! ¿Qué os parece?

Rex y Jam la miraron asombrados.

—¡Espaciotástica! —dijo el dinosaurio.

Woody se quitó el sombrero para inspeccionar la estación. Era tres veces más grande que él y tenía toda clase de artilugios y funciones escondidas.

—No está mal —dijo, haciendo como si no estuviera sorprendido.

—¿Que no está mal? —dijo Buzz—. Tiene cañones láser, una plataforma de teletransporte y una cápsula de emergencia a turbopropulsión. ¡«No está mal» se queda corto!

La estación era un sueño hecho realidad para Buzz, un sueño que quería compartir con sus amigos.

—Mirad, es lo bastante grande para todos —dijo.

A Woody se le abrieron los ojos como platos.

—¿Quieres decir que podemos…?

—Claro —respondió Buzz—. Os nombro a todos guardianes espaciales honora…

Pero los juguetes no esperaron a que acabara la frase. Entraron en tromba junto a Buzz, haciéndolo girar como una peonza, y entraron en el interior.

Exploraron con asombro la estación espacial. Aunque algunos no quisieran admitirlo, siempre se habían preguntado cómo sería eso de ser un guardián del espacio, y aquélla era su oportunidad de descubrirlo.

—Mirad lo que he encontrado —dijo Rex.

Woody, Jam y Slinky se apresuraron a llegar a su lado y gritaron de alegría al ver un conjunto de uniformes del Comando Estelar.

Todos cogieron uno y se embutieron en ellos como pudieron (aunque Rex acabó rasgando el suyo). Salieron de la estación para enseñar a Buzz su nuevo aspecto.

—¡Tacháááán!

Woody giró sobre sí mismo para lucir el traje.

—Oye, pues ser sheriff del espacio no está mal.

Buzz los observó atónito mientras los demás se unían a la diversión.

—¡Rex Lightyear al rescate! —rio el dinosaurio.

—Control canino —ladró Slinky—. ¿Me reciben? Cambio.

Woody se marcó una pose heroica.

—¡Hasta el infinito y más allá!

—Ay, no… —murmuró Buzz, observando cómo sus amigos brincaban con sus uniformes del Comando Estelar. ¡Los nuevos reclutas le iban a dar un montón de trabajo!

RATATOUILLE (ra·ta·tui)

Feliz cumpleaños

Era el cumpleaños de su padre y Remy había estado trabajando duro para preparar una sorpresa. Sin embargo, antes de poder desvelarla, oyó que su padre, Django, soltaba un suspiro de tristeza.

Remy y su hermano Emile corrieron a su lado para descubrir qué le pasaba.

—Sé que eres un gran chef —le dijo Django—. Pero ¿eres aún una rata?

—Pues claro que sí —le respondió Remy, sorprendido.

—¿Estás seguro? Cocinas, lees, tienes amigos humanos… —dijo su padre—. Me gustaría que me hicieras el mejor regalo de cumpleaños: demuéstrame que aún eres de los nuestros.

Remy le preguntó cómo podía demostrar que aún era una rata, y Django los llevó a él y a Emile por una tubería hasta las cloacas. Les explicó que a una auténtica rata le encantaban las alcantarillas.

—Le gusta ese olor fuerte —dijo la vieja rata—. Una mezcla perfecta de basura, agua sucia…

—… y cosas podridas —completó Emile, respirando hondo.

Remy dijo que también le encantaba el olor, pero cuando su padre vio que se estaba tapando la nariz se dio cuenta de que no estaba diciendo la verdad.

—Intenta respirarlo, por favor —dijo Django, con un suspiro.

Lentamente, Remy se destapó primero un agujero de la nariz y luego el otro. Olió un poco y la peste le llenó la nariz. Tenía que admitir que no estaba tan mal.

—¡Bien! —aplaudió Django—. Ahora intenta mordisquear un cable.

Señaló uno que Emile ya estaba mordiendo y le explicó que las ratas de verdad adoraban la sensación de hincarle el diente a un cable. Mientras su hermano mordisqueaba, Remy corrió a apartarlo.

—¡Para! ¡Este cable lleva corriente! —le gritó.

Cogiendo a su hermano por la cintura, lo apartó de allí justo cuando empezaron a saltar las chispas en el lugar que había estado royendo.

Django dio saltos de alegría.

—¡Las verdaderas ratas ayudan a sus hermanos! —celebró—. Pero también caminan a cuatro patas.

Remy prefería caminar a dos patas, pero quería hacer feliz a su padre, así que se agachó y correteó por la alcantarilla.

—¡Ése es mi chico! —gritó Django.

Remy había demostrado que era una rata de corazón.

De vuelta al restaurante, después de haberse pasado casi media hora lavándose bien, su padre le dijo lo contento que estaba y que no podía pedir nada más.

—Pues tengo algo para la rata más auténtica del mundo —sonrió Remy.

Entonces le mostró su sorpresa: un delicioso pastel con forma de rata, con orejas y cola.

—¡Feliz cumpleaños, papá! —gritó Emile, y entonces empezaron a comerse juntos el pastel.

Las señales de Vitaminimucho

Chug, Dusty, Dottie y Leadbottom se encontraban en el aeródromo cuando oyeron un sonido de hélices sobre ellos.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Chug.

—Suena como un gran avión que vuela a gran altitud —respondió Dusty.

Dottie se sobresaltó.

—¡Tienes razón! —dijo—. Acabo de recibir una llamada de socorro. El avión se ha pasado de largo. Se le han estropeado los mandos y ahora se está quedando sin combustible.

El avión de transporte tendría que realizar un aterrizaje de emergencia. Leadbottom empezó a despejar la pista, pero Dottie lo detuvo.

—Nuestra pista es demasiado pequeña para un avión de este tamaño —dijo—. Alguien tendrá que subir y guiarlo hacia la ciudad.

Leadbottom se encogió de alas.

—Yo no puedo volar tan alto a mi edad, Dottie. Esto es un trabajo para alguien que sea fuerte y joven.

Todos miraron a Dusty.

—¡Jolín! Yo soy demasiado pequeño, seguro que el avión no me ve —dijo, pero entonces su hélice empezó a girar—. Pero se me ha ocurrido una idea mejor. Por suerte, ¡acabo de llenar el tanque con Vitaminimucho!

—¿Y qué? —dijo Chug, mientras Dusty emprendía el vuelo.

—¡Ahora no es momento de fumigar! —gritó Dottie, pero Dusty ya estaba muy lejos para oírla.

Todos observaron cómo la avioneta se iba elevando.

Estaba demasiado bajo para guiar al avión de transporte. ¿En qué estaría pensando?

«No hace falta que suba tanto —pensó Dusty—. Sólo tengo que abrir los rociadores y hacer algunas maniobras.»

Tras él empezó a surgir una estela blanca mientras se lanzaba y hacía algunas piruetas. Unos momentos después, terminó de hacer lo que quería. ¡Sólo cabía esperar que su idea funcionara!

—Oye, colega, ¿me oyes? —dijo a través de la radio—. ¡Echa un vistazo abajo!

El preocupado avión miró hacia abajo. Allí, suspendidas en el aire, había una serie de flechas blancas que apuntaban hacia la izquierda.

—La ciudad más cercana está por ahí —le informó Dusty—. Tienen un aeropuerto que es de tu tamaño.

El avión viró a la izquierda para seguir las flechas. Ahora que ya sabía adónde ir, estaba fuera de peligro. ¡Dusty lo había salvado!

—¡Señales de indicación de Vitaminimucho! ¡Qué idea tan ingeniosa! —celebró Leadbottom mientras Dusty aterrizaba a su lado.

—¡Enhorabuena, Dusty! Tengo que pedirte disculpas —confesó Dottie—. Por un momento, pensé que estabas evitando volar alto y que quizá tuvieras miedo a las alturas.

—¿Miedo a las alturas? Eh…, sabes que soy un avión, ¿verdad? —preguntó Dusty, y todos los amigos rieron y celebraron otro trabajo bien hecho.

Bambi

La carrera

Buenos días, joven príncipe —dijo Tambor a Bambi un bonito día de invierno.

—Buenos días, Tambor.

—Tengo una gran idea, Bambi. Hagamos una carrera —dijo Tambor—. Empecemos desde aquí —suspiró dibujando una línea en la tierra—. Y el primero que llegue a aquel pino grande, gana la carrera.

—Pero... es una tontería hacer una carrera entre nosotros —le dijo Bambi a su amigo.

—¿Por qué? —preguntó Tambor, confundido.

—Porque venceré yo —aseguró el cervatillo.

—¿Cómo estás tan seguro? —le retó Tambor, sacando pecho.

—Porque soy más grande y rápido que tú —explicó Bambi.

—Si estás tan seguro de que vas a ganar —replicó Tambor—, ¿por qué tienes miedo de correr?

Bambi hizo una pausa para pensar sobre lo que acababa de decirle su amigo. No quería herir los sentimientos del conejito.

—Vale —dijo al fin—. ¡Corramos!

—¡Estupendo! —gritó Tambor—. ¿Preparado?

—¡Preparado!

—De acuerdo —dijo Tambor, agachándose.

Bambi también se agachó.

—En sus marcas. Listos. ¡Ya!

Los dos salieron tan rápido como pudieron. Bambi, con sus grandes y largas piernas, a amplias zancadas, pronto se acercó a la meta. Pero la pequeña estatura de Tambor lo ayudó a correr a toda velocidad por la maleza y patinar hasta un grupo de árboles apretados. Cuando Bambi miró atrás, vio que su amigo le estaba pisando los talones. El conejo aprovechó la oportunidad para saltar y adelantar a Bambi. El cervatillo paró para saltar por encima de un árbol que se había caído y bloqueaba el camino. Tambor pasó por debajo, adelantó a su amigo y se puso en cabeza.

Bambi daba zancadas cada vez más largas y corría cada vez más rápido. Pronto pasó a Tambor, pero en su ansia por ir tan rápido como pudiese, se enredó en un arbusto. Mientras Bambi luchaba por liberarse, Tambor volvió a adelantarlo.

Estaban muy cerca del gran pino. Bambi corría tan rápido como podía, saltando troncos y arbustos. Tambor saltaba tan rápido como sus piernas de conejo le permitían, esquivando cualquier obstáculo que estuviera en su camino. Cuando cruzaron la línea de meta, estaban a la misma altura.

—¿Has visto? —dijo Tambor, jadeando—. Los pequeñitos pueden seguirte el ritmo.

—¡Tienes toda la razón! —dijo Bambi, también jadeando.

Y los dos amigos, ambos ganadores, se sentaron juntos a recuperar el aliento.

La jardinera ignífuga

El cielo estaba encapotado en Radiador Springs, pero no era porque las nubes amenazaran con lluvia…, ¡sino que la montaña de neumáticos de Guido y Luigi estaba en llamas y llenaba la ciudad de humo!

—¡Tenemos que apagar las llamas antes de que se extiendan! —gritó Rayo McQueen mientras los demás las miraban llenos de pánico.

Antes de que nadie se animara a ayudar, Rojo lanzó un buen chorro de agua con su potente manguera, y apagó las peligrosas llamas en un visto y no visto.

—¡Gracias, Rojo! Radiador Springs tiene suerte de tener un camión de bomberos como tú —le felicitó Sargento.

—¿Cómo nos las apañaríamos sin él? —coincidió Flo.

Rojo se sonrojó y volvió con sus flores. Los demás lo observaron mientras las regaba orgulloso a la luz del fuerte sol.

—Deberíamos hacer algo para mostrar nuestra gratitud a Rojo —susurró Rayo McQueen a la masa de coches agradecidos que habían presenciado el acto heroico del camión.

—¿Qué tal una medalla? —sugirió El Rey.

—Quizá le dé algo de vergüenza —señaló Sally, que conocía a Rojo mejor que nadie—. Pero su equipamiento ya es un poco viejo —añadió tras pensarlo un poco.

—¿Y si le regalamos piezas nuevas? —sugirió Rayo.

—¡Excelente idea! —dijo Doc—. La ciudad puede cubrir los gastos.

—Y yo conozco a los proveedores de servicios de emergencia en los circuitos de carreras —insistió Rayo.

Al terminar el día, los amigos de Rojo se reunieron y lo rodearon con regalos en forma de nuevas piezas. Había tantas cajas que el camión se vio abrumado.

—Nunca lo había visto tan contento —dijo Sally.

Pero, al día siguiente, Sally y Rayo lo encontraron bajo un árbol, con pinta de abatido y disgustado.

—¿Qué le pasa a Rojo? —preguntó Rayo—. ¿Será que no le funciona el nuevo equipamiento?

Sally sonrió.

—¡Qué va! Funciona de maravilla.

Observaron como Rojo se apartaba de la sombra para acercarse poco a poco a sus flores. Sus aparatos y manivelas produjeron un zumbido mientras se preparaba para regarlas.

—A Rojo le está costando descubrir qué manivela es la que abre el agua… —explicó Sally.

Justo entonces, la manguera disparó una sustancia blanca espumosa que cubrió las flores hasta que sólo quedó un único pétalo a la vista.

—… y cuál es la que echa espuma de extintor —se rio Sally.

Rojo se quedó mirando aquel desastre. ¡Estaba claro que aún tendría que practicar mucho para dominar su nuevo y mejorado sistema!